

# El tesoro y la llave

Joaquín Toro (Martín Cincinnati)

Image not found.

# Capítulo 1

## El tesoro y la llave

De muchacho me gustaba pasar los fines de semana en la cocina. Mamá estaba ahí, era un sitio seguro, un espacio contemporáneo con perfume de hierbas y café tostado. La cocina “vieja” le decía ella. Se trataba en realidad de una cocina muy humilde y hermosa —como el resto de toda la casa—. El piso era de tierra y las paredes, de adobe pintado de verde pistacho. En algunas partes el adobe estaba agrietado y la pintura se desconchaba cuando le pasaba la uña. En los agujeros dejados por antiguos clavos, las arañas hacían su nido blanco con forma de embudo. El techo era de tablas de madera y planchas de zinc. Nuestra mesa de cocina estaba cubierta por un mantel de hule floreado; La ventana era peligrosamente pesada, estaba hecha de tablas. Un paraíso de barro, paja y madera, a veces lúgubre, a veces aburrido y otras, único.

Durante la navidad de aquel año teníamos un pino natural de tres metros de largo adornado de figuras que yo y mi madre habíamos hecho. Algunas eran un desastre, pero las luces navideñas y su música artificial se mezclaban bien con esos detalles, dando un realce mágico como traído de una tierra lejana. Sobre nuestra puerta descansaba una corona de muérdago falso con campanas doradas.

A una semana de noche buena, encontré en el fondo del patio una llave enterrada cerca de la muralla que colindaba con la casa del vecino. Pensé que aquella llave abría el cofre de un tesoro. Cavé dos agujeros y no lo encontré, sin embargo, mi corazón albergó la esperanza de que estuviera enterrado en alguna parte del patio. Tenía un laboratorio químico en casa, mi sala de operaciones en la que hacía mis mezclas para perfumes, anilinas y menjunjes tóxicos, un laboratorio muy rudimentario a decir verdad. Tenía un amigo de mi edad llamado Sam Flinch, quien me visitaba frecuentemente para trabajar junto a mí.

Si bien era cierto que Sam y yo éramos bastante pobres, yo lo era más que él, después de todo, mi casa poseía un aspecto embrujado y colonial. Sam era excelente ayudándome con mis proyectos, él era el único amigo negro que tenía, su espíritu aventurero y su inquebrantable fe en mis inventos eran formidables. Me quedaba poco para crear un rayo que sería capaz de encoger a las personas, luego debía trabajar en un químico que acelerase el crecimiento de los tomates con maleza y todo, y desde luego, siempre contaba con tiempo suficiente como para proponerle a Sam mi idea de cómo había nacido el universo y todo lo que existía en él. Sam quería que yo creara algo que hiciera aparecer comida y helado, yo le dije que sí, aunque no tenía ni la menor idea de cómo lo haría.

Sam dejó de ir a la escuela un mes más tarde, lo iba a visitar a su casa, le llevaba mis libros para que se pusiera al corriente con nuestros proyectos pero él no parecía muy interesado, dijo que tenía que ayudar a su padre en la fábrica de textiles. Después de aquello comencé a visitar cada vez menos a Sam, hasta que un día, sin darme cuenta, dejé de hacerlo para siempre.

Desaparecidos el entusiasmo y el aliento de mi mejor amigo, aquello que me impulsaba a inventar, continué con mi labor dentro de un férreo propósito de demostrarle al mundo que yo era un científico muy valioso y que me necesitaría para salvarlo. Mi madre llegaba muy cansada del trabajo como para oír esa noticia así que decidí que le daría la sorpresa cuando todo estuviese listo.

Tras imparables esfuerzos logré terminar el "rayo encogedor". Estaba muy emocionado así que fui a la cocina a conectarlo, desafortunadamente el rayo no funciono del todo bien y acabó provocando un cortocircuito en toda la casa, dando origen a unas chispas azules muy brillantes mientras que mi mano adquirió una mancha negra y carbónica. Luego de eso me castigaron y no pude salir de mi cuarto durante un par de días sino hasta que mamá se hubiese ido a trabajar. Durante aquellos momentos que pasé en mi cuarto pensé: "¿y si encontrase mi tesoro?" "¿no se podría contenta mi madre por ello como para seguir molesta?". Estaba decidido, encontraría el tesoro, de todos modos ya tenía la llave, solo debía hallar el cofre enterrado y listo, era pan comido, el patio no era tan grande.

Pasé una semana excavando y al mismo tiempo, volviendo a cubrir los agujeros en el sitio para que nadie supiera, pero nada, no había rastro de UN solo maldito tesoro, ya estaba bastante cansado y molesto. Odiaba tener que tomar tantas duchas por quedar cubierto de sudor y tierra tras cada tarde. Por las noches me iba a la cama muy deprimido, deseaba tanto encontrarlo...

Tres semanas después, tenía avanzada una excavación muy profunda, había decidido que en lugar de hacer tanto trabajo me dedicaría a una sola fosa. Avanzaba muy rápido, para el cuarto día, el agujero adquirió unos once metros de profundidad y me sentía orgulloso de mis resultados, tal vez, si el tesoro no aparecía —a esas alturas ya me estaba dando por vencido— podría crear un pozo para el agua o algo similar. Aquella era una manera entretenida de usar las horas muertas luego de trabajar en mi laboratorio.

Hubo una tarde en la que mi madre llegó a casa muy despacio, apenas la sentí llegar. Lo único que pude comprobar era que estaba en su cuarto, acostada ¿Por qué había llegado tan temprano? ¿Estaría enferma? Ese día más tarde descubrí que había algo peor que mamá se enfermase: ser despedida. Puesto que ella era la única fuente de ingresos y nosotros éramos una pequeña y humilde familia de clase baja, fue fácil deducir que

con altas probabilidades nuestro estatus bajaría a un lugar más inferior, un lugar tan profundo como la fosa que con tanto ahínco yo cavaba en busca de un tesoro. De pronto el presente me supo amargo, el futuro incierto y aciago y mis inventos perdieron algo de brillantez. Ahora sí tenía la certeza de que bajo nuestro pino no habría ni un regalo. Me sentía más inútil que nunca y creo que nadie podía reprochármelo ¡Caray, yo era un científico! Se esperaba que yo tuviera alguna solución para aquel problema. “Dios, si tan solo encontrase mi tesoro” —pensaba.

Era sábado, faltaban cuatro días para noche buena. Nos levantamos tarde. El rostro de mi madre reflejaba una tranquilidad extraña, algo así como cuando has llorado mucho y luego la mente se pone a pensar bobadas. Yo estaba tomando mi leche con cereales cuando la escuché llamarme desde el fondo del patio con estruendo. Temí lo peor, y con razón: Había olvidado tapar la fosa. Siempre lo hacía con un cartón pero el día anterior lo había olvidado. Fui corriendo hacia allá pero no vi a nadie

—¡Leo! —volvió a llamarme.

Fue entonces cuando supe de donde venía su voz: había caído a la fosa, que para orgullo científico y desgracia ajena, en esos momentos, era más profunda que los días anteriores.

—Sácame de aquí de inmediato —me ordenó con una voz seria.

Me moví tan rápido como pude y fui a buscar algo para sacarla de la fosa, pero no teníamos sogas ni nada parecido y mis manos parecían gelatina.

—¡Trae la escalera! —ordenó.

Haciendo acopio de todas mis fuerzas, arrastré la escalera de mano que guardábamos en el cuarto de herramientas. Poco a poco bajé la escalera mientras mi madre, con un rostro severo, la recibía y la apoyaba como podía. Ella subió con cuidado y logró salir.

Me esperaba el fin, su respiración se escuchaba agitada y su rostro lucía sucio. De pronto, cuando ya estaba a punto de darme una reprimenda olímpica, cuando sus ojos chispeaban sobre mi pequeño cuerpo... un chorro de líquido negro emergió de la fosa y desembocó como una fina llovizna sobre nosotros, tenía un aroma extraño y sin embargo sabía que lo conocía. A pesar de que era un científico brillante y mi madre muy perspicaz, tardamos más de cinco minutos en darnos cuenta que lo que emergía de nuestra tierra, era petróleo.

¡Por fin había hallado mi codiciado tesoro! Y lo mejor de todo fue que ni siquiera tuve que usar la llave. Aquella fue sin duda la navidad más linda que tuvimos. Especialmente porque fue el comienzo de una vida más

prospera; me convertí en alguien importante no solo para mí familia, era alguien que había descubierto un tesoro, pero no sin antes haber sido dueño de uno mayor: la capacidad incansable de buscar mis deseos donde nadie habría buscado.

Joaquín Toro.